

lismo, esto es, la dominacion de los señores. Por mas que cada país tuviese sus reyes, los jefes militares eran los que verdaderamente reinaban. Todo difiere, pues, entre esta época y las que la precedieron ó la han seguido. Por lo tanto ha sido preciso darla un nombre y un lugar aparte en la historia universal.

COMPENDIO

DE LA HISTORIA

DE LA EDAD MEDIA

CAPITULO PRIMERO.

ALARICO Y LOS VISIGODOS; GENSÉRICO Y LOS VÁNDALOS.

Los bárbaros. — Los Germanos. — Alarico en Grecia (395). — Primera invasion de Alarico en Italia (403). — Radagaso (406). — La grande invasion (406). — Asesinato de Estilicon (408). — Segunda invasion de Alarico; toma de Roma (409). — Muerte de Alarico (410). — Fundacion del reino de los Visigodos en la Aquitania (419) y en España. — Reinos de los Burgondos y de los Suevos (413-419). — Reino de los Vándalos en Africa (431). — Gensérico. — Gensérico se apodera de Roma.

Los bárbaros. — Cuando Roma se llamaba la señora del mundo, sabia bien que los límites de su imperio no eran los de la tierra. Una cruel experiencia la habia demostrado que no habia ni una sola de sus fronteras al norte, al sur, ni al este, que no estuviese amenazada por pueblos formidables.

Al este, detras del Eufrates, habitaban los Persas, que habian hecho al imperio romano una guerra en forma, y continuaron haciéndola durante dos siglos más.

Al sur, los Arabes, á quienes no se temia aún, vagaban por los desiertos de su gran península; las poblaciones moriscas del Africa se habian sublevado frecuentemente; pero no eran bastante numerosas para poner por sí solas en peligro al imperio.

Al norte, y mas allá del Danubio y del Rin, se encontraba la masa formidable de las tribus germánicas que nunca habian cesado de asaltar las trincheras romanas.

Los Germanos. — Eran estos unos pueblos belicosos que miraban los combates como un placer, corriendo á ellos sin descanso. Creian que despues de la muerte, su dios Odin recibia en su palacio aéreo, el Walhalla, al guerrero que sucumbia con valor en la batalla, y que allí los héroes bebían, comían, peleaban cada dia, para volver á empezar al siguiente. Tal era su paraiso; para ganarlo, buscaban con ansia, en la tierra, esos placeres de una vida imaginaria, lo mas frecuentemente que podían, y ya mas de cien veces la Galia, la Italia, la Grecia y la Tracia habian sido invadidas y asoladas por ellos. Cuando á la muerte del emperador Teodosio, en 395, se

dividió el imperio entre sus dos hijos, Honorio y Arcadio, reinando aquel en el Occidente, y éste en el Oriente, los Francos habian fijado ya su residencia en las riberas del Mosá, los Alamanos pasado el Rin, y los Visigodos el Danubio.

Alarico en Grecia (395). — El jefe de este pueblo era á la sazón un valiente guerrero llamado Alarico. Habiéndose descuidado Arcadio en abonarle la paga militar que la corte de Constantinopla le daba anualmente, asoló la Tracia y la Macedonia, pasó las Termópilas, sin encontrar en ellas á ningun Leónidas, y penetró en el Peloponeso. Como el emperador de Oriente nada hacia para salvar sus provincias, el ministro de Honorio, Estilicon, acudió á su socorro. Cercó á los Visigodos en una montaña de la Arcadia, pero se le escaparon al atravesar el golfo de Corinto.

Primera invasion de Alarico en Italia (403). — Ocho años despues Alarico amenazó la Italia, conquistó casi todo el valle del Pó, aunque sin conservarlo. Estilicon se lo quitó otra vez y derrotó á los Godos en Polenza, sobre las riberas del Tanaro, arrojándolos á la Iliria (403). Honorio celebró en Roma, despues de esta victoria de su general, un triunfo y unas fiestas en que se vieron por la última vez los juegos sangrientos del circo.

Fué en seguida á ocultar su cobardía á Rávena, ciudad que parecia inexpugnable á beneficio de los pantanos formados por el Pó, cerca de su desagüe. Rávena era ya, despues de Roma y Milan, la capital del imperio de Occidente.

Radagaso (406). — Alarico no habia conquistado nada hasta entónces; pero esos golpes, dirigidos al corazon de ambos imperios, tuvieron fatales consecuencias. Para resistirlos fué preciso debilitar las guarniciones de las fronteras; circunstancia de que se aprovechó otro jefe. Este fué Radagaso, que pasó el Danubio y los Alpes á la cabeza de doscientos mil hombres, y penetró hasta Florencia. Marchaba sobre Roma, pero Estilicon le detuvo por medio de acertadas maniobras, le cercó en las alturas de Fiesolo, le derrotó y le hizo prisionero. La Italia se habia salvado aún esta vez; pero en cambio, la Galia estaba perdida (406).

La grande invasion (406). — El ejército de Radagaso no era mas que un cuerpo separado de una inmensa multitud, que retrocediendo delante de las hordas de los Hunos¹ se habia reunido poco á poco á lo largo del Rin. Los Suevos, los Alanos y los Vándalos

¹ Véase la *Historia romana*, cap. XLIV, pág. 304.

ocupaban allí el primer lugar. Otro pueblo germano, los Burgundos, les seguian á corta distancia. Estilicon habia llamado á los últimos soldados que defendian el paso del rio, á fin de reunir contra Radagaso todas las fuerzas del imperio; los bárbaros pudieron, pues, pasar el Rin el último dia del año 406, á pesar de una resistencia tenaz de parte de los Francos. Desde aquel dia y durante dos años, la Galia fué víctima de la destruccion, que no cesó hasta que los Suevos, Alanos y Vándalos, se marcharon á buscar al sur de los Pirineos un botin que empezaba á faltarles al norte de estas montañas.

Asesinato de Estilicon (408). — Alarico, en su retirada, se habia detenido en el Isonzo, rio que desagua en el fondo del Adriático. Semejante posicion, casi limítrofe entre los dos imperios, le permitia arrojarle á su antojo, y segun la ocasion, sobre cualquiera de ellos. Resolvió hacerlo otra vez en el de Occidente. Sin dejar Estilicon de batir á los Godos, conservó sus relaciones amistosas con el jefe de ellos, y aún protegió, en Italia, un cuerpo de 30 000 bárbaros á expensas del imperio. Honorio temió que quisiese servir de aquellos auxiliares para derrocarlo, é hizo asesinar al único hombre capaz de defender el imperio, dando despues (408) un

decreto de muerte contra los bárbaros establecidos en Italia, los cuales se refugiaron al lado de Alarico, y este se puso á su cabeza para vengarlos (409).

Segunda invasion de Alarico; toma de Roma (409). — Esta fué sin duda la invasion más célebre del rey de los Godos; pasó los Alpes, saqueó á Cremona Aquilea, atravesó el Pó, los Apeninos, y apareció al pié de los muros de la ciudad que se llamaba « eterna ». Dos diputados fueron á su campo á proponerle la paz; hicieronle presente el poderío de Roma y su numerosa poblacion: « Cuánto más espesa es la yerba, respondió, más fácilmente se siega. » No obstante, aceptó un tratado que redimia la antigua capital del mundo, mediante un rescate de 5 000 libras de oro y 30 000 de plata; despues de esto se retiró á Toscana á establecer sus cuarteles de invierno.

Pero habiendo notado que se burlaban de él, lleno de cólera volvió contra Roma, que, cercada por todas partes, fué muy pronto reducida á un hambre terrible que la obligó á abrir sus puertas; sin embargo la respetó, no tratándola como á enemiga. Pero Honorio, que se valia poco de la espada y empleaba en cambio la astucia en demasía, hizo atacar de repente el campo de los Godos. Alarico volvió

por tercera vez contra Roma, y « aquella nueva Babilonia, como dice Bossuet, imitadora de la antigua, tan engreida como ella con sus victorias, triunfante en sus delicias y riquezas, cayó tambien, como ella, de una manera estrepitosa. » Sufrió la deshonra que los Galos la habian impuesto ocho siglos ántes. Vióse entregada por tres dias á todos los horrores del pillaje. Los bárbaros no respetaron sino los templos cristianos, que dieron asilo inviolable á los fugitivos.

Muerte de Alarico (410). — Alarico no sobrevivió mucho tiempo á un triunfo que no pudieron alcanzar ni Aníbal ni Pirro. Creyende apoderarse de la Sicilia y del Africa, habia bajado á la Italia meridional; pero le sorprendió la muerte en Cosenza en el Brucio (Bruttium). Los Visigodos honraron los restos de su gran jefe con una sepultura extraordinaria. Para que su cadáver no fuese profanado por los Romanos, hicieron desviar por unos prisioneros el curso del Busentino, que baña á Cosenza, cavaron una sepultura en el álveo del rio, y enterráronle allí cubierto de ricos despojos. Volvieron luego á dar á las aguas su curso natural, y en seguida pasaron á cuchillo á los prisioneros que habian hecho aquel trabajo, para que ninguno de ellos pudiera vender el secreto (410).

Fundacion del reino de los Visigodos en la Aquitania (419) y en España. — Ataulfo, hermano y sucesor de Alarico, profesaba grande admiracion al imperio, y deseaba restablecerlo por medio de la fuerza y en provecho de su nacion. Púsose al servicio de Honorio, casóse con su hermana Placidia en 413, á quien los Godos guardaban cautiva en su campamento, y prometió arrojar de Galia y de España á los usurpadores que se disputaban allí la púrpura. Murió asesinado poco tiempo despues en Barcelona.

Sus sucesores hicieron lo que él habia prometido. Derribaron á los usurpadores y vencieron á los bárbaros, pero por cuenta propia. Hicieron que Honorio les cediera en 419 la Aquitania con Tolosa por capital, como recompensa de sus servicios. Extendiéronse poco á poco en Galia hasta el Loira en el norte, hasta el Ródano en el este, y atravesaron al sur los Pirineos; sometióseles las tres cuartas partes de la España, hasta que Clóvis y los Francos les quitaron, en 507, casi todo lo que poseian en la Galia; dos siglos más tarde, esto es, en 711, los Arabes se apoderaron de la España.

Reinos de los Burgondos y de los Suevos (445-449). — Los Burgondos que habian entrado en Galia á consecuencia de la grande

invasion, se fijaron en ella de antemano. Desde 413, se habian establecido en la region del Saona y del Ródano, donde todavía se conserva su nombre (Borgoña). Los Francos les avasallaron en 534.

Los Suevos habian ocupado al principio una gran parte de la España; pero fueron rechazados por los Visigodos hasta Galicia, que se halla al extremo noroeste de la península, donde subsistió su reino hasta 585, en que fué conquistado por los Visigodos.

Reino de los Vándalos en Africa (431). — Honorio murió en 423, dejando el trono á Valentiniano III, hijo de su hermana Placidia, quien depositó toda su confianza en un hombre hábil, el patricio Aecio. El conde Bonifacio, que gobernaba el Africa, celoso del favor que se dispensaba á Aecio, llamó al Africa á los Vándalos y á Gensérico, su jefe. Arrepintiéndose en seguida, y quiso, aunque tarde, resistir á aquella invasion, una de las más destructoras que sufrieron las provincias romanas. Gensérico se alió á las tribus nómades de los mahometanos, venció á Bonifacio en una sangrienta batalla, y le tuvo sitiado en Hippona (Bona) durante catorce meses. San Agustin, obispo de aquella ciudad, rehusó abandonarla, y alentó á los habitantes con sus exhortaciones y su piedad. Su muerte, acae-

cida en 430, le impidió presenciar una nueva derrota de Bonifacio y la toma de Hippona. Los Romanos se vieron obligados á dejar el Africa (431) en poder de los Vándalos. Era este el cuarto Estado que fundaban los bárbaros.

Gensérico. — Su rey aprovechó hábilmente las ventajas de la posición que acababa de ocupar. Una vez tomada Cartago (439), trató de restablecer la preponderancia marítima que en otro tiempo tuvieron aquellos parajes. Hizo construir buques y creó una marina cuando ya el imperio no la tenía; con ella se apoderó de Sicilia, Córcega y de las islas Baleares, é inquietó las costas del mar de la Toscana y del Archipiélago. Tanto Roma como Constantinopla eran impotentes contra aquel bárbaro.

Gensérico se apodera de Roma (455). — En 455, su escuadra desembarcó en Ostia un ejército. Roma fué tomada, y durante catorce días entregada al pillaje; pero con tal barbarie, que en lo sucesivo se dió el nombre de vandalismo á toda devastación que destruye por solo el placer de destruir. Gensérico reinó veinte años todavía en el Mediterráneo, y desafió las inútiles iras de los dos imperios. Hasta sobrevivió un año al de Occidente; pero su muerte pareció arrastrar á la tumba la

magnificencia de su pueblo (477). Su reino, destrozado por las discordias religiosas y las revueltas de los Moros, sucumbió cincuenta y siete años despues á los golpes de Belisario (534).



El obispo San Loup libra la ciudad de Troyes.

CAPITULO II.

ATILA Y LOS HUNOS.

Atila. — Guerra de los Hunos contra el imperio de Oriente. — Los Hunos invaden la Galia (451). — Sitio de Orleans. — Batalla de Chalons (451). — Invasión de los Hunos en Italia (452). — Muerte de Atila (453). — Ruina de su imperio. — Fin del imperio de Occidente.

Atila. — Los Hunos habian puesto en movimiento á todo el mundo bárbaro ¹. Durante

¹. Véase la *Historia Romana*, cap. XLIV, pág. 366,

las calamidades de la invasion que provocaron, se les pierde de vista por espacio de medio siglo. Parece que entónces hicieron alto en el centro de la Europa teniendo bajo el yugo á los Cépides, los Marcomanos, los Eslavos meridionales y los Ostrogodos, hermanos de los Visigodos cuyo establecimiento en Galia acabamos de ver. En el siglo V tuvieron un jefe astuto y valiente, cuya historia conocemos mal, pero que aparece de repente arrasando cien pueblos en pos de sí. Aquel jefe era Atila.

Una espada, clavada en tierra, era, desde los tiempos mas remotos, el símbolo religioso de los pueblos escíticos ¹. Un pastor halló en los campos donde pacian sus ganados una espada mohosa y la llevó á Atila. Creyóse que era la espada del dios de la guerra, y que aquel hallazgo presagiaba al rey de los Hunos la conquista del universo. Revestido desde entónces á los ojos de su pueblo de un carácter divino, quiso reinar solo, é hizo dar muerte á su hermano Bleda. Llamóse el *azote de Dios*, añadiendo: *Donde mi caballo sienta el pié, no nace yerba.*

Guerra de Atila contra el imperio de Oriente. — Hay que notar, sin embargo, que

¹. Véase la *Historia antigua*, pág. 247 y 248.

aquel gran conquistador entró en negociaciones no pocas veces, y que no se conoce victoria alguna ganada por él, á pesar de que su imperio fuese inmenso y de que él hubiese ido en persona á consolidarlo y extenderlo hácia la China. A su regreso de Asia, Gensérico, á quien amenazaban los dos emperadores, le atrajo hácia el imperio romano. Atacó inmediatamente á Teodosio II, que reinaba en Constantinopla, atravesó el Danubio y destruyó setenta ciudades. El emperador se apresuró á prometerle un tributo, tratando al mismo tiempo de hacerle asesinar. Atila, informado de semejante traicion, perdonó con desprecio á los embajadores romanos que habian venido á verle á su palacio de madera en Pannonia. Contentóse con humillar á Teodosio, echándole en cara que conspirase « como un pérfido esclavo contra la vida de su señor. » Pero despues de Teodosio II (450), halló en Marciano un enemigo más soberbio; este principe le declaró que tenia oro para sus amigos y hierro para sus enemigos.

Los Hunos invaden la Galia (451). — Semejantes palabras no habrian por cierto arredrado á Atila; pero Constantinopla pasaba por inexpugnable: decidióse, pues, á llevar la ira del cielo á otra parte. Pidió al emperador de Occidente la mitad de sus Estádos,

y echando sobre la Galia 600 000 bárbaros, pasó el Rin, el Mosela, el Sena, y marchó sobre el Loira.

Sitio de Orleans. — Las poblaciones huian á su presencia con indecible espanto, porque el *azote de Dios* no dejaba piedra sobre piedra por donde quiera que pasaba. Metz y veinte ciudades habian sido destruidas. Solo Troyes habia sido salvada por su obispo San Loup. Quiso apoderarse de Orleans, llave de las provincias meridionales, y su numeroso ejército cercó la ciudad. El obispo San-Aignan mantuvo el valor de sus habitantes. Miéntras estaba haciendo oracion, se descubrió en el horizonte una nube de polvo: « ¡Este es el socorro de Dios! » exclamó y, en efecto, llegó Aecio. Reunió Aecio á sus tropas romanas, la de los bárbaros germánicos que ya ocupaban la Galia, y á cuyas expensas se hacia la nueva invasion. Seguíanle los Visigodos, á las órdenes de su rey Teodorico, los Sajones, los Burgondos y los Francos, bajo Meroveo.

Batalla de Chálons (451). — Atila retrocedió por la primera vez; pero fué con el objeto de escoger un terreno favorable á su caballería. Detúvose á corta distancia de Chálons-sur-Marne, en una vasta llanura donde se dió la famosa batalla que salvó al Occidente de la dominacion de los Hunos. Fué un es-

pantoso choque de todas las naciones del mundo: 160 000 hombres sembraron aquel campo de carnicería.

Atila estaba vencido; encerróse en un campo, al cual formó una especie de muralla circular con todos sus carros, y « á la salida del sol, dice Goth Jornandés, el historiador de esta guerra, los vencedores vieron en medio de aquel campo una inmensa pira formada con las sillas de los caballos, á Atila encima de ella, y los Hunos al pié con la tea en la mano, dispuestos á poner fuego á la hoguera si los enemigos forzaban la muralla. Parecía á un leon, que, perseguido por los cazadores hasta la entrada de su guarida, se vuelve, les detiene, y siembra entre ellos el espanto con sus rugidos. Los aliados no se atrevieron á hacer frente á la desesperacion de los Hunos, y dejaron que Atila entrase en Germania (451).

Invasion de los Hunos en Italia (452). — Al siguiente año se desquitó con una invasion en la alta Italia. Destruyó á Aquilea, cuyos habitantes huyeron á las islas de las lagunas donde sus descendientes fundaron á Venecia. Vicencio, Padua, Verona, fueron reducidas á cenizas; Pavia y Milan se sometieron.

En Milan, Atila vió un cuadro que representaba al emperador sentado en su trono, y

á los jefes de los Hunos prosternados delante. Mandó al pintor que pusiese al rey de los Hunos en el trono y al emperador á sus piés. El cuadro era así más verdadero.

Si embargo, los Italianos no tenían soldados que les defendiesen. El papa Leon el Grande expuso su vida para salvarlos. Fué al campamento de Atila con los diputados del emperador. Otorgóse al bárbaro todo lo que quiso, é hicieronle ricos presentes y la promesa de un tributo. Las enfermedades que diezaban á su ejército y la aproximacion de Aecio le decidieron á volverse á sus bosques. Tal era el terror de la Italia, que creyó que no pudo salvarse sino por un milagro que el genio de Rafael ha consagrado en un cuadro magnífico.

Muerte de Atila (453). — **Ruina de su imperio.** — Pocos meses despues, el azote de Dios murió de un ataque sanguíneo en su real pueblo, cerca del Danubio (453). Los pueblos que había subyugado se emanciparon. Los jefes de los Hunos se disputaron su corona en sangrientos combates que disminuyeron su número; y su poderío se disipó como esas tempestades rápidas que desaparecen dejando trás sí las huellas de sus estragos.

Fin del imperio de Occidente (476). — El imperio de Occidente solo sobrevivió 24

años á la invasion de Atila y 21 á la toma de Roma por Gensérico. Los últimos emperadores arrastraron una existencia miserable : Valentiniano III fué asesinado por Máximo, el cual fué á su vez apedreado por el pueblo, indignado de su cobardía. Mayoriano, que valia algo más que él, fué muerto por el suevo Ricimero.

La muerte llevó sucesivamente al trono á tres príncipes que ni siquiera merecen los honores de una mencion. La última de aquellas fantasmas de emperadores fué Rómulo Augústulo, niño de seis años que (¡ amarga ironía!) reunia los nombres de los fundadores de Roma y del imperio. Uno de los jefes del ejército de los Hérulos, llamado Odoacro, asalariado por el imperio, confinó en la casa de campo de Lúculo (San Severino) al último heredero de los Césares de Occidente, haciéndose despues proclamar rey de Italia por sus Hérulos, á quienes dió la tercera parte de las tierras de aquel país.

Así concluyó el imperio de Occidente (476); suceso más importante á los ojos de la posteridad que á los de los contemporáneos, acostumbrados, hacia medio siglo, á ver á los bárbaros disponer de todo como verdaderos amos.

 CAPITULO III.

TEODORICO Y LOS OSTROGODOS.

Teodorico y los Ostrogodos. — Conquista de la Italia por los Ostrogodos (489-493). — Poderio de Teodorico. — Su administracion.

Teodorico y los Ostrogodos. — Todas las naciones, sometidas por los Hunos, habian logrado su independencía á la muerte de Atila, contándose en este número los Ostrogodos, que tambien se libertaron. El emperador Marciano, á quien pidieron algunos terrenos, les concedió la Panonia (Hungria). Desde el año 475 Teodorico era su jefe. Obligado por la turbulencia de sus súbditos á llevar á cabo cualquiera empresa guerrera, les hizo desistir de marchar contra Constantinopla que querian atacar, y les condujo á Italia, donde reinaba Odoacro.

Conquista de la Italia por los Ostrogodos (489-493). — Teodorico arrastró consigo á toda su nacion. Viejos, mujeres, niños, todos siguieron en sus carros á los guerreros, con sus ganados y con todas las riquezas de la

horda. Eran 200 mil. El movimiento empezó en el otoño de 488. En el mes de Febrero siguiente destruyó un primer ejército en los Alpes Julianos; venció también en Aquilea y en Verona (489), y conquistó toda la Cisalpina. Odoacro, no teniendo ya más ejército, encerróse en Rávena donde en seguida fué sitiado por Teodorico. Durante el bloqueo de dicha ciudad, que duró dos años, la Sicilia y la Italia entera se sometieron. Odoacro, exhausto de recursos, se rindió á condición de dividir el trono; pero Teodorico le hizo matar en una comida y reinó solo (493).*

Poderío de Teodorico. — A la Italia añadió la Iliria, la Panonia (Hungría), la Nórica (Austria) y la Rhetia (Tirol), sin hacer la guerra. Agregó también á ellas la provincia de Marsella á consecuencia de las hostilidades con los Burgondos. Los Bávaros le pagaron tributo; los Alamanos le invocaron contra Clóvis, y en fin, cuando Alarico II, rey de los Visigodos, fué vencido y muerto por los Francos en 507, estos le aceptaron por jefe. Las dos ramas de la nación gótica, separadas desde la venida de los Hunos á Europa, se hallaron de nuevo reunidas, y la dominación de Teodorico se extendió desde el centro de la España, al través de la Galia y de la Italia, hasta la confluencia del Save y del Danubio.

Por medio de alianzas de familia, unióse á casi todos los reyes bárbaros, y parecía ser el jefe ó el representante glorioso de las tribus germánicas establecidas en las provincias del imperio de Occidente.

Su administracion. — Este rey de los Godos fué pacífico y puede añadirse que hizo de la paz el mejor uso. « Que los demás reyes, decía, se complazcan en devastar las ciudades; que acopien un inmenso botín; en cuanto á mí, quiero que mi imperio sea tal, que las naciones vencidas se arrepientan de no haberse sometido ántes á él. » Habíase despojado de las vestiduras de los bárbaros para vestir la púrpura romana. Aunque residia en Rávena, consultaba al Senado de Roma, escribiéndole: « Nosotros deseamos, padres conscriptos, que el genio de la libertad mire á vuestra asamblea con ojos benévolos. » Disminuyó los rigores del fisco, y su palacio se halló siempre abierto para todos aquellos que tenían algo que reclamar contra la iniquidad de sus jueces. Una mujer pobre solicitaba hacia mucho tiempo el fallo de un proceso. Teodorico llamó á los jueces, y estos pusieron término al asunto en pocos días: en seguida les envió al suplicio por no haber terminado en tres años un negocio que hubieran podido acabar en tres días.

Teodorico, que no sabia escribir, supo atraer á su lado á los ingenios literarios más brillantes de la época, tales como Boecio, el obispo Ennodio, Casiodoro, á quien nombró su ministro, y el cual nos ha dejado, entre otras obras, un monumento precioso, sus doce libros de cartas.

Aunque pertenecía á la secta de Arrio, respetaba á los católicos, protegía también á los judíos, y escribía á sus rabinos: « Nosotros no podemos imponer la religion, porque nadie está obligado á creer por fuerza. » Desgraciadamente, este gran príncipe acabó mal.

Extraviado su ánimo por injustas sospechas, envió al suplicio al prefecto Simmaco y á su yerno Boecio, el cual, ántes de morir, escribió su precioso libro intitulado: *del Consuelo de la filosofía* (525). Teodorico reconoció su inocencia, y tanto y tal fué su pesar, que su razon se alteró, y sus remordimientos, segun se cree, aceleraron su muerte (526).

Rávena posee todavía su sepulcro, cuya cúpula se compone de una sola piedra de doce me ros de ancho por metro y medio de espesor

Es el único monumento que nos queda debido á las manos de los Godos. Se echa de ver que dicha construccion no tiene nada de

comun con la arquitectura de la edad media, tan impropriamente llamada gótica.

El imperio de los Ostrogodos degeneró rápidamente, pues no sobrevivió treinta años á su fundador¹.

1. Véase más adelante pág. 36.